

# SOMOS TAN POCA COSA

Agosto de 2024.

Carretera N-IV, dirección Algeciras, a la altura de San Roque.

El Volkswagen Touran gris perla de Pedro Sierra, llevaba ya más de veinte minutos parado en el carril derecho de la autovía de Málaga, sin avanzar ni un solo centímetro y con una interminable cola de vehículos flanqueándolo por delante, detrás y a su izquierda.

Su esposa Sandra, junto a él, aprovechaba ese momento —cuando despuntaban los últimos rayos de sol en el horizonte— para perfilar sus cejas en el espejo de cortesía de su quitasol, y en los asientos traseros, Lucía y Gabriela —sus hijas de ocho y seis años cada una—, discutían y peleaban con sendas muñecas en las manos.

Regresaban de un agotador día de playa en Sabinillas junto a los padres de Sandra; desde bien temprano habían colocado mesas, sillas y sombrillas, parcelando de forma imaginaria una zona de arena para poder disfrutar sin estrecheces de aquel caluroso domingo de verano.

Y todo iba camino de convertirse en un domingo de playa perfecto hasta que las luces de emergencia de los vehículos precedentes parpadearon avisando de la súbita retención del tráfico.

—Esto es insoportable, Sandra. ¡Todos los años lo mismo! La maldita Operación Paso del Estrecho... —exclamó Pedro oteando el horizonte, marcado por una interminable hilera de coches paralizados por completo.

Los dos carriles en dirección contraria, sin embargo, se mostraban expeditas y sin ningún tipo de tráfico. Nada en absoluto.

—Parece algún accidente... y de los graves —respondió Sandra sin dejar de arquear las cejas frente al espejo, liberándolas con rapidez de rebeldes e indeseables pelos con sus pinzas.

Alrededor de ellos, los conductores comenzaban a bajarse con hastío de sus vehículos tratando de ver algo más allá del atasco, para luego sentarse a charlar sobre el quitamiedos del asfalto, o apoyados en el lateral de sus coches. La mayoría de ellos eran magrebíes que ansiaban llegar cuanto antes al puerto de Algeciras para regresar a sus hogares y disfrutar de unas breves vacaciones en familia.

El sol comenzaba a ocultarse tras un monte y sus rayos incidían ya de manera molesta y directa sobre los ojos de Pedro, haciendo que éste maldijera la mala suerte de encontrarse con aquel monumental atasco que amenazaba con hacerles pasar buena parte de la noche en mitad de la carretera... en mitad de ninguna parte.

—Lo llego a saber y salimos antes de la playa... —resoplaba con ambas manos agarradas al volante— ... pon la radio. A ver si dicen algo de la retención.

Atrás las dos niñas chillaban y se gritaban la una a la otra, inmovilizadas por sus cinturones de seguridad, lo cual no impedía que sus pequeños bracitos se cruzasen en el aire para intercambiar golpes y empujones a discreción.

—¿Queréis estaros quietas de una vez? —gritó un colérico Pedro asomando la severa mirada por el retrovisor interior.

Ambas permanecieron quietas y calladas, mirando con vergüenza y casi sin pestañear a los ojos de su padre reflejados en el espejo retrovisor, mientras Sandra trataba de poner calma.

—Niñas, llegaremos pronto. Pero no pongáis nervioso a papá. Si queréis jugar hacedlo sin dar voces. Y tú, cariño... las niñas no tienen culpa de este atasco, así que no lo pagues con ellas.

Tras unos segundos de silencio Sandra encendió la radio y comenzó a buscar en el dial digital emisoras donde escuchar algún boletín de noticias locales. Pero no encontró nada. Ni noticias, ni música... ni tan siquiera un atisbo de eco o sonido estridente a través de los altavoces, tan solo un inquietante e inexplicable silencio.

—¿Se te ha averiado la radio? —preguntó extrañada.

—Pero ¿qué estupidez dices? Si el coche es casi nuevo, no tiene ni un año...

—Pues no suena nada... ni bien, ni mal... nada. ¿No hace calor?

—Es agosto, Sandra, claro que hace calor...

—Me refiero al interior del vehículo, listillo... ¿tampoco funciona el aire acondicionado?

Pedro comenzó a trastear botones, tratando de comprobar si, en efecto, el aire acondicionado había dejado de funcionar, pero no... un agradable frescor surgía por los aireadores interiores del coche. Aun así era cierto que la sensación de calor era mayor que antes, así que decidió aumentar la potencia del climatizador.

A lo lejos, creyeron oír sonido de sirenas y de helicópteros, y no tardaron en comprobar que a la vez que un par de aparatos sobrevolaban la zona, en los carriles contiguos de la autovía destinados para la dirección contraria, varios coches de bomberos pasaban a toda velocidad, escoltados por coches patrulla de la Guardia Civil y un poco más atrás, por ambulancias.

—¿Pero qué demonios está pasando? —exclamó Pedro a la par que abría la puerta y se bajaba del coche para tratar de encontrar respuestas a sus dudas.

Allí, de pie en el asfalto, pudo comprobar que la temperatura era demasiado sofocante. El sudor empapó su camiseta en cuestión de segundos y, al tratar de inspirar, notaba como un aire caliente en exceso entraba en sus pulmones. Se asomó por la ventanilla al interior del coche para comprobar la temperatura que marcaba el panel interior del navegador de a bordo, y éste indicaba 53°. Unos números que empezaban a parpadear, como si algo estuviese dejando de funcionar como

debiera... hasta que por fin se apagaron justo antes de marcar 55°.

—Rápido, Sandra... dame el móvil. Voy a llamar al número de emergencias —gritó Pedro extendiendo su mano al interior del habitáculo que ya comenzaba a parecer un horno.

Sandra, aterrada, le pasó el aparato y al poco trataba de tranquilizar a las niñas que, conscientes de que algo no iba bien, comenzaron a llorar sin consuelo.

Mas cuando Pedro trató de desbloquear la pantalla táctil del móvil descubrió que éste también había dejado de funcionar; tuvo que dejarlo caer sobre el asfalto cuando comprobó que su batería quemaba como un hierro al rojo.

A lo lejos las torres de alta tensión comenzaron a chisporrotear sin cesar provocando una intensa humareda que bajaba hasta la carretera. El capó de algunos vehículos emanaba humo hasta que incluso saltaba por los aires producto de la explosión de sus baterías.

El murmullo lejano del gentío, angustiado, comenzaba a ser mayor, así que Pedro abrió las puertas del coche y gritó a su mujer:

—¡Rápido! ¡Coge a las niñas! ¡Vámonos de aquí!

—¿Adonde? Fuera hace mucho calor... ¿qué sucede?

—Ahí dentro os coceréis... no sé que pasa Sandra, pero no podemos seguir aquí.

Pedro tomó a Lucía en brazos, y su mujer hizo lo propio con Gabriela. Apenas habían dado unos pasos en dirección contraria cuando el retumbar del suelo los hizo detenerse y dar la vuelta para comprobar cómo decenas, cientos de personas, abandonaban sus vehículos e iniciaban una huída despavorida y desquiciada hacia ellos, sin tomar en cuenta lo que encontraban a su paso, y llegando incluso a pisotear a aquellos que tenían la mala fortuna de caer a sus pies.

El griterío iba en aumento conforme la marabunta humana se acercaba a gran velocidad hasta la posición de Pedro y Sandra y ésta, en un momento de lucidez, sacudiéndose el pánico que atenazaba sus músculos, gritó a su esposo:

—¡Hay que salir de la carretera, o nos aplastarán! ¡Saltemos por la cuneta!

Sin pensarlo, ambos corrieron con las niñas en brazos sorteando cuerpos, empujando con los hombros y hasta con el alma a todo aquel que se interponía en su camino. No importaba quien encontraran frente a ellos, si niño, adulto o anciano... derribar y seguir, ese era el único objetivo en sus mentes. Ponerse a cubierto... salvar sus vidas.

Luego, tras saltar los quitamiedos con la velocidad que la adrenalina permite, ambos cayeron rodando por la cuneta varios metros en una sinfonía de golpes, arañazos y quejidos... hasta que aterrizaron en el fondo de una pequeña ladera pedregosa, donde bolsas de plástico, latas de refresco vacías, hojas secas y restos de envoltorios eran parte del paisaje, ya tres metros más abajo.

Arriba, en el asfalto, el sonido de los alaridos de la gente, se mezclaba con el de las explosiones y el fulgor de las primeras llamas en algunos coches.

Pedro y Sandra, tras comprobar que los cuatro tan solo presentaban magulladuras y algún que otro corte y contusiones poco preocupantes, permanecieron abrazados a sus hijas esperando a que aquella pesadilla acabase cuanto antes, con la certeza absoluta de que el Día del Juicio Final había llegado, mientras veían precipitarse de cuando en cuando algún cuerpo por la cuneta, empujados por la turba tres metros mas arriba.

En mitad de aquel infierno de súplicas, horror y muerte, Gabriela miró ensimismada el cielo, ya entonces azul oscuro, y señalando con su dedo índice gritó a lágrima viva y con un mohín en el rostro:

—Las estrellas... se están cayendo del cielo...

El cielo se cubrió de centenares de pequeñas esferas de fuego que tras rasgar con sus silbidos el aire dejando una estela de humo y ceniza, se precipitaban en el suelo provocando nuevas explosiones e incendios, en un bello y a la vez sórdido espectáculo de llamas, luz y destrucción.

Con la espalda apoyada en la pared de aquella cuneta, unidos y abrazados los cuatro, la familia Sierra decidió que no había mejor manera de esperar la muerte que aquella.

## **Epílogo**

**Artículo publicado en la primera página de El País, al día siguiente.**

*LA PEOR CATÁSTROFE NATURAL DE LA HISTORIA NO TUVO SU ORIGEN EN LA TIERRA*

*EFE. Madrid.*

*Cuando aún no se han cumplido 24 horas desde el Desastre Sola, y al cierre de esta edición, ya se contabilizan más de diez mil víctimas mortales en nuestro país, y cerca de cincuenta mil desaparecidos. Son las primeras consecuencias de la mayor Tormenta Solar de la Historia, según fuentes de la NASA, que confirman que la de ayer ha sido cinco veces mayor que la última conocida.*

*Los primeros efectos se dejaron notar en la península al caer la tarde, a la llegada de las primeras ondas electromagnéticas que provocaron el apagón general de todo el sistema de alumbrado y tráfico, con las consecuentes retenciones y caos circulatorio en todo el país. A esto se*

*unió el aumento de la temperatura y el colapso de todos los satélites afectados, y finalmente el estallido de todos los sistemas eléctricos y de almacenaje energético, que provocó el colapso de las centrales eléctricas. Millares de ascensores paralizados, aires acondicionados que dejaban de funcionar y paralización del aparataje en los complejos hospitalarios donde respiradores, incubadoras y bombas de perfusión se apagaban de repente.*

*Por último, la lluvia de partículas solares procedentes de las fulguraciones ocasionadas por la tormenta solar, se propagó en forma de minúsculos meteoritos que sembraron el terror con sus impactos en la superficie terrestre y sus llamas.*

*Todavía es pronto para determinar las consecuencias del aumento de la radiactividad ionizante de la atmósfera sobre la salud de los afectados por el Desastre Solar.*

*Sin embargo, lo que realmente causó mayor daño fue el pánico de la población que, en una desconcertante huida hacia ninguna parte, desembocó en verdaderas estampidas humanas en calles y avenidas llevándose por delante miles de vidas en uno de los mayores desastres naturales padecidos por la humanidad a lo largo de la historia.*

*La fotografía del país a esta hora es dantesca. Autopistas y carreteras llenas de vehículos calcinados que colapsan todas las vías terrestres de comunicación, y cadáveres esparcidos por doquier en ciudades y pueblos, hacen que los esfuerzos por rescatar a todos aquellos que se encuentren de alguna manera u otra atrapados, sean titánicos.*

*El Gobierno ya ha declarado el sur de España como zona catastrófica y se espera la llegada de ayuda internacional en las próximas horas, a la par que el país va recuperando la normalidad poco a poco, gracias al encomiable trabajo del ejército, cuerpos de seguridad y de un alto número de voluntarios.*

*Cuando toda la tecnología se había puesto al servicio de geólogos y sismólogos, y el hombre ya se creía capaz de controlar y predecir la llegada de terremotos, tsunamis, riadas, y erupciones volcánicas, una desgracia como el Desastre Solar nos ha hecho mirar más allá de nuestro propio ombligo.*

*Quizás el ser humano debería reflexionar sobre su arrogancia ante lo efímera que ha demostrado ser una civilización capaz de ser aniquilada por una agresión natural externa de este calibre, y mas teniendo en cuenta que este tipo de tormentas solares no solo pueden llegar a repetirse... sino que existe el riesgo cierto de ser aun mayores.*

Pedro Sierra apartó de su cansada vista el periódico que le había prestado una enfermera, lagrimeando por la irritación que el humo había provocado en sus ojos. Allí, en la improvisada enfermería del hall del hotel, cientos de personas se hacinaban; algunas en peor estado que otras. Grandes quemados se mezclaban con polifracturados, intoxicados por el humo o en estado letárgico

por el shock post traumático.

Pedro se podía llamar afortunado. La decisión de Sandra había salvado la vida de su familia al completo, y pocas horas después del Desastre, un equipo de bomberos los rescataba y trasladaba a aquel lugar donde recibieron los primeros cuidados médicos.

Ahora, con el paso del tiempo, era consciente de lo sucedido... de la inmensa suerte que les había acompañado, de las vidas que se perdieron y que en su huida él mismo pudo causar... sabía que esa culpa le perseguiría el resto de sus días.

—Señor Sierra, ¿cómo se encuentra? —preguntó una enfermera, interrumpiendo sus pensamientos.

—Mejor... me escuecen los ojos...

—Es normal... con reposo y tratamiento mejorará en breve. Mire quien ha venido a verle...

Abandonando el escondite de la propia enfermera, Gabriela se abalanzó a los brazos de su padre. Su rostro, enrojecido y despellejado, era un fiel reflejo de lo que su pequeño cuerpo tuvo que soportar el día anterior.

Tras un buen rato en que Pedro preguntó a Gabriela por su madre y su hermana, y una vez hubieron bromeado y jugado un buen rato, la niña se quedó recostada junto a su padre, mientras éste acariciaba con sus dedos los finos cabellos dorados de su hija.

Vieron anochecer en el ventanal del hall, y Gabriela levantó la cabeza para preguntar:

—Papi... ¿por qué el Sol se enfadó con nosotros? No le hemos hecho nada...

Pedro descartó de inmediato dar una explicación científica a una cría de seis años, así que frunciendo el ceño, pellizcó con suavidad la barbilla de Gabriela y contestó:

—¿Quién te ha dicho eso?

—La gente... dice que el Sol nos escupió fuego. ¿Es malo el Sol?

—¡Que va a ser malo, cariño! Solo... se puso enfermo. Como aquella vez que te comiste tu sola aquella bolsa de gominolas. ¿Recuerdas lo que te pasó?

—Me dolía la tripita...

—... ¿y?

—Y vomité mucho...

—Pues eso mismo le pasó al Sol ayer...

Gabriela se quedó un buen rato boquiabierta y sin pestañear, fijando la vista en el cielo negro y estrellado del exterior, tratando de asimilar la explicación de su padre.

Después, tras un buen rato, volvió a preguntar:

—Papi... ¿y qué pasa si algún día vuelven a caerse las estrellas?

—Eso no va a pasar, cielo...

—¿Y si pasa? —insistió sentándose de un salto.

—En ese caso, saldrán nuevas estrellas en el firmamento... descuida que no te quedarás sin ellas ni te harán daño. Y como has visto, estaremos juntos incluso cuando se caigan de nuevo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —respondió Pedro levantando su mano derecha con solemnidad.

Gabriela volvió a recostarse junto a su padre hasta quedarse dormida, y Pedro pensó en aquellas estrellas que veía a través del ventanal. En su inmensidad, en su lejanía, y sin embargo en lo letal de su abrazo. ¿Cómo explicar que todo tu universo, compuesto tan solo por tu familia, tu trabajo y tus limitadas posesiones materiales, estaba pendiente del caprichoso hilo de la naturaleza? Pedro se sentía diminuto, un ínfimo reducto de vida manejado por el destino que era capaz de arrebatarlo todo en un segundo.

Y así, siendo consciente de ser tan poca cosa, pero abrazado a su hija, fue cuando se sintió sin lugar a dudas más vivo que nunca.